

*tos adquiridos*, soslayan la cuestión principal y más relevante: aunque ciertamente dichos acervos tengan contenidos distintos y diversamente sistematizados, ¿son vitalmente diversas las actividades de filosofar y de teologizar cuando un cristiano afronta temas relevantes para su fe?

Referirse meramente a la necesaria autonomía de la filosofía supone no llegar a abordar esta importantísima cuestión, dejándola sin respuesta.

J. M. Odero

**Bruno CHENU-Marcel NEUSCH**, *Théologiens d'aujourd'hui. Vingt portraits*, Bayard Éditions, Paris 1995, 170 pp., 14 x 25.

Dos teólogos, con el no fácil mérito de ser además periodistas, recogen en veinte flashes, «quién es quién» en la teología actual. Veinte semblanzas de una galería de teólogos —desde p. ej. Kasper, Moltmann, Pannenberg, Ratzinger, Gutiérrez, hasta Bimwenyi, Panikkar, etc.— retratados a cámara rápida. Las semblanzas, con todo, no se limitan a los aspectos biográficos sino que destacan también las principales preocupaciones teológicas de cada uno de los elegidos, así como algunos textos significativos de sus obras respectivas.

Los estudiosos están agrupados por zonas geográficas, con representantes de todos los continentes salvo Oceanía. Los autores consideran que Europa ya no es el único punto neurálgico del quehacer teológico, sino que forma parte de un mosaico más amplio, internacional. Con una agrupación geográfica, los autores pretenden mostrar, además, algunas de las principales corrientes que perciben en la teología en distintas partes del mundo.

La selección de autores, temas y textos naturalmente proporciona un cuadro parcial (y un tanto accidentado: ¿por qué, p. ej., no incorpora alguno más de los africanos que proponen proyectos teológicos bastante consistentes, como Nyamiti o Mbiti?).

La obra sirve como una primera mirada al universo teológico de hoy, aunque a un lector no iniciado le puede parecer un laberinto. Nos sentimos movidos a preguntarnos, ¿ante tal galería de personas y propuestas, quedará simplemente la impresión de un «desarrollo centrífugo» de la teología? ¿no se hace sentir la conveniencia de hallar líneas de convergencia y comunión? Además, el mosaico de ofertas teológicas tan diversas (en ocasiones encontradas) ¿no sugiere la conveniencia de buscar criterios para calibrar la validez de las propuestas? Nos referimos a aquella obligada autovaloración que todo teólogo ha de hacer, acerca de su fidelidad al dato revelado (*fides quaerens intellectum*) y su permanencia dentro de una tradición viva: en definitiva, la conexión de su construcción teológica con la Verdad, que por ser tal, es Una.

P. Urbano

## TEOLOGÍA DOGMÁTICA

**Angelo SCOLA**, *Questioni di antropologia teologica*, Edizioni Ares, Milán 1996, 163 pp., 24 x 17.

Angelo Scola recoge en este volumen once escritos —tres de ellos inéditos y los ocho restantes ya publicados entre 1985 y 1993—, agrupándolos en tres secciones: el hombre en Cristo Jesús; los fundamentos del actuar moral del cristiano; antro-

pología, ética y ciencia. Todos están relacionados con su trabajo científico en el «Istituto Giovanni Paolo II per studi su matrimonio e famiglia», con sede en la Pontificia Universidad Lateranense, y, más concretamente, con una de las preocupaciones de fondo que caracterizan toda la producción intelectual del Prof. Scola: la radicación teológica de la antropología.

La misma naturaleza del libro —el hecho de que integre escritos diversos— hace difícil todo intento de detallar pormenorizadamente su contenido, suficientemente descrito por lo demás a través de los títulos, ya mencionados, de las tres secciones en que se estructura. Conviene sin embargo subrayar que la diversidad de proveniencia de los textos no impide que la obra tenga unidad, ya que en todos los escritos obedecen a una misma inspiración, que puede ser descrita acudiendo a una expresión amplia difundida en la teología contemporánea, particularmente en la de origen italiano: cristocentrismo objetivo.

Mons. Scola opera partiendo de una profunda convicción: la referencia a Cristo de la entera realidad. Cristo es, como afirman los escritos paulinos, el primogénito, el primer predestinado. La predestinación de Cristo constituye la piedra angular del plan creador divino. La creación, el universo entero, no puede ser pensado al margen de Cristo, sino en Cristo, ya que fue creado por Dios en referencia a Cristo. La antropología que el Prof. Scola aspira a desarrollar es, en suma y con sus propias palabras, «una antropología crística que afirma la unicidad del fin sobrenatural del hombre (...). Y esto implica un tipo de reflexión teológica que proceda siem-

pre desde una perspectiva integral, a partir de un todo en el que viven, sin confusión y sin separación, la naturaleza y la sobrenaturaleza, la creación y la redención. Hablar de fin sobrenatural entendido como único fin histórico y fáctico, aunque gratuito (...) del hombre, conduce, en efecto, e inevitablemente, a pensar la creación como creación-elevación y por tanto a considerar a la criatura, sin menoscabo de sus propias exigencias metafísicas constitutivas, en el interior de la alianza histórico-salvífica» (p. 106).

En relación con Henri de Lubac y Hans Urs von Balthasar, en los que se ha formado y a los que remite, Angelo Scola define su propia posición distinguiéndola a la vez de un supernaturalismo de signo fideísta, que desconoce la realidad de la creación y el valor cognoscitivo de la razón humana, y de un naturalismo, que considera que para afirmar al hombre es necesario cortar su referencia a Dios o, al menos, si aspira a continuar siendo cristiano, postular una substantividad de lo natural, presentándolo como una realidad dotada de plena sentido en y por sí misma. El hombre —afirma en cambio Scola— ha sido creado en Cristo y, en consecuencia, en Cristo recibe su definitiva y radical consistencia, que no resulta así, al ser referida a Cristo, negada o disminuida, sino, al contrario, reafirmada y potenciada. La tensión entre autonomía y heteronomía carece, por eso, de sentido referida a la antropología y a la ética cristianas, ya que esa antropología y esa ética remiten sin duda alguna a Cristo, pero Cristo es precisamente Aquél en quien el hombre fue creado y en el que por tanto encuentra su plenitud.

J. L. Illanes